

PROGRESIVA

REVELACION

DE DIOS



Gonzalo Haya, S. I.

“No tienes cubo y el pozo está hon-
do” (Jn 4¹¹).

No pretendo sacar ningún sentido es-
piritual acomodaticio de estas palabras
de la samaritana. Solamente aludo a
una costumbre. Los pozos escaseaban

y el caminante debía esperar junto al
brocal a que alguien viniera con su
cubo.

Nuestra “alma tiene sed de Dios”
(Ps 41³). Pero la Biblia está muy hon-
da. Dios se esconde bajo diversos es-

tratos de palabras, costumbres y ritos. Es difícil sacar agua del pozo que nos legaron nuestros padres Moisés, David o Juan.

Estas líneas pretenden sacar un poco de agua. Quieren ser un boceto de Dios, para que nuestra alma infantil lo complete con sus lápices de colores. No es necesario decir que es parcial, insatisfactorio y torpe. Cumpliría su misión si induce a considerar, y aun a releer, los textos citados u otros semejantes. Moisés y Jeremías, —oráculos de Dios—, fueron tardos de lengua. Lo que importa es ese “no sé qué que quedan balbuciendo”.

Las espaldas de Dios

Desde que Adán se escondió de Yahvé entre la arboleda del Paraíso (Gen 2^{8.17}), el hombre perdió la confianza con Dios.

Yahvé vuelve para hablar con el hombre. Desgraciadamente tiene que reprenderle demasiadas veces, aunque atenúe los castigos, para que su presencia resulte agradable. Todavía Caín dialogaba —pesaroso y arrogante— con Dios (Gen 4^{9.10}); pero se presiente ya un distanciamiento.

El verdadero pecado de la humanidad será el alejamiento, la falta de diálogo con Dios. No hubo ruptura, hubo distancia. Los pueblos primitivos son demasiado conscientes de su impotencia para olvidarse de Dios.

Le invocan en su desesperada lucha contra la naturaleza (1). Y Dios es incapaz de desoir un grito de socorro, aunque esa llamada sea egoísta.

Ya no baja a pasear. Desciende a poner orden entre los elementos o entre los hombres. Los favorecidos agrade-

(1) En los salmos y en los profetas se encontrarán numerosas pruebas a este respecto.

cen, pero temen. —Ese poder quizás se vuelva contra las propias injusticias—. No se acercan a dar las gracias; parece como si se ocultaran en el humo de un sacrificio de adoración o de expiación.

De esta actitud brotan los nombres con que designan a Dios: el Señor, Dios Omnipotente, Dios del Cielo, el Altísimo, Jahvé de los ejércitos, el Temor de Isaac. (2). Más aún en los siglos postexílicos no se atreverán a pronunciar el nombre de Jahvé, y lo sustituirán al encontrarlo escrito, por Adonai, el Señor.

Yahvé se resigna. No quiere perder el único lazo que le une a los hombres. Y lo fomenta manifestándose entre truenos y fuego (Ex 20). (3).

Hasta su generosidad está erizada de cólera. El Éxodo es una prueba. Libera al pueblo de la esclavitud, multiplica los milagros como las arenas del desierto (4); pero fulmina le lepra, la muerte, o el destierro por la insurrección. Es un Dios celoso que ama y exige. (5).

Para acercarse a Yahvé había que perderle el miedo. Y el miedo provie-

(2) Puede verse una condensada explicación de estos nombres, junto con abundantes citas, en *Van Imschoot: Théologie de l'Ancien Testament*. Desclée. Tournai 1954. t. I Dieu. c. I pp. 7-28.

(3) Existen innumerables muestras del carácter terrorífico de estas teofanías, así como de castigos por cualquier violación, aun involuntaria de los objetos consagrados a Jahvé, especialmente del Arca de la alianza. Pueden verse por ejemplo Ex 19; 40. Josué 6. 2 Sam 6.

(4) Plagas de Egipto Ex cc. 7-13. Mar Rojo c. 14. Maná c. 16. Horeb c. 17. En los profetas se encuentran abundantes textos tanto sobre los milagros como sobre los castigos. Un ejemplo notable de Jeremías puede ser el capítulo 15.

(5) Los celos de Dios son un tema sugerente y profundo para conocer su amor y su santidad. Sobre el amor véase RAFAEL CRIADO S. I.: *Los símbolos del amor divino en el Antiguo Testamento*; en *Cor Iesu*. Roma 1959 vol. 1 pp. 413-460.

ne del apego a la vida o a las cosas. Los héroes, los representantes del pueblo, superaron por su desprendimiento la adustez de Yahvé. Por eso el pueblo acudía a ellos como intermediarios: "Dijeron, pues, a Moisés: Habla tú con nosotros y te escucharemos; más no hable con nosotros Dios, no sea que muramos" (Gen 20¹⁹).

Abraham renunció a su patria por la amistad de Yahvé (Gen 12; 24⁶⁶) y alzó el cuchillo contra su hijo (Gn 22). Jacob luchó con Yahvé en una noche de angustia, exclamando al fin; "he visto a Dios cara a cara y sin embargo mi vida ha quedado a salvo" (Gen 32). Jeremías se revolvía entre la angustia y la fascinación de Dios: "Me sedujiste y yo me dejé seducir" (Jer 20⁷).

Moisés se había ganado a Yahvé. No temió a Egipto al defender a un hermano de raza (Ex 2¹¹), ni temió ser borrado del libro de Yahvé al defender al pueblo de la cólera de Dios (Ex 32³²). Por eso "Yahvé hablaba con Moisés cara a cara como conversa un hombre con su amigo" (Ex 33¹¹). (5 bis). El profeta sentía cada vez más las exigencias de la amistad; antes había vuelto la cara por temor a la gloria de Yahvé (Ex 36), pero ahora se atreve a pedir a Yahvé que le muestre su rostro (Ex 33^{12,20}).

Era una gracia imposible. "el hombre no puede verme y vivir. Dijo todavía Yahvé: Ve ahí un lugar junto a mí; tú te pondrás encima de la roca; y al pasar mi gloria acaecerá que te pondré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano mientras paso; luego apartaré mi mano y *verás mis espaldas, más mi faz no se podrá ver*". (Ex 33^{20,21}).

(5bis) Hablar «cara a cara» es una expresión oriental que significa hablar con familiaridad; no significa la visión plena de Dios, que expresamente negará en Ex 33 20-21.

¡Las espaldas de Yahvé, el torso de su amor omnipotente! No puede Dios mostrarse más, descubrir su faz, porque es el absolutamente trascendente, y la creatura no tiene capacidad para abarcarlo. (6).

El Antiguo Testamento, la revelación específica del Padre, nos da a conocer una de las características esenciales de Dios: su trascendencia.

El rostro de Dios

"Señor, muéstranos al Padre y nos basta" (Jn 14⁸). Esta ingenua petición del apóstol Felipe delata el momento en que se descorre en su alma el velo del Antiguo Testamento y apaerce la revelación del Nuevo.

Yahvé se había hecho de nuevo familiar a su pueblo por las frecuentes intervenciones en su historia. El amor con que Cristo hablaba del Padre dió a Felipe el último impulso, y se atrevió a pedir una revelación del Padre.

"Felipe, quien me ha visto, ha visto al Padre" (Jn 14⁹). Quizás Felipe quedó desconcertado. Nosotros nos sentimos como defraudados por la respuesta de Jesús. Esperábamos sentir algo. Pero todo el aparato escénico sensorial se había manifestado ya insuficiente en el Antiguo Testamento.

Hubiéramos deseado una nueva explicación sobre el Padre. La única palabra que puede expresar la esencia de Dios es el Verbo, el Hijo, la segunda persona de la Trinidad, pues es una

(6) La gracia santificante, principio de una vida sobrenatural, nos capacita para obtener luego en el cielo la visión intuitiva de Dios. Aun ésta no llega a una total comprensión de Dios.

imagen personal originada en el conocimiento mismo que el Padre tiene de sí. (7).

Cristo enseña a Felipe la única Palabra capaz de manifestar al Padre. Conocer a Cristo es conocer al Verbo; y conocer al Verbo es conocer al Padre, de quien es la imagen esencial.

El Verbo se hizo carne, nos dice San Juan (Jn 1^a) con expresión fuerte. El Altísimo, el inaccesible, el Trascendente, se ha puesto al alcance de nuestros sentidos. El mismo Juan narrará lo que sus ojos han visto y sus manos han palpado del Verbo de la Vida. (1 Jn 1^a).

El Padre se ha manifestado muchas veces de manera fragmentaria por medio de los profetas; pero ahora —nos dice San Pablo— se nos ha manifestado en la persona del Hijo, que es imagen de su esencia. (Hebr 1^o).

Ver a Cristo es ver al Padre. Jesús apelaba al conocimiento y a la visión que podían tener los apóstoles. No se refería a una especulación, ni siquiera a la elaboración del misterio que San Pablo explicó inspirado por el Espíritu. Jesús aludía a su vida cotidiana de Palestina tal como se había grabado en la mente de Pedro o Mateo. Esos hechos fueron objeto de la catequesis oral de los apóstoles y consignados por escrito, para utilidad de los nuevos cristianos, por Mateo, Marcos y Lucas. (8).

Se han escrito innumerables comentarios analizando esos esquemas apostólicos, o sintetizando en rasgos ge-

nerales el proceder de Jesús. Casi todas esas síntesis destacan el amor y la benignidad de Cristo (Tit 3^a). El mismo Cristo se definió como Camino, Verdad y Vida; manso y humilde de corazón; Maestro y Señor. La literatura eclesiástica, consoladoramente abundante, puede ayudarnos a comprender esas páginas sencillas por sí mismas. Sin embargo, queda una seria dificultad.

Cristo se queja con cierta admiración de qué después de tanto tiempo Felipe aún no le haya conocido. Hace falta tener oídos para oír el Evangelio (Mt 13¹⁰⁻¹⁸). Conocer la divinidad de Cristo no es obra de la carne sino revelación interior del Padre que está en los cielos (Mt 16¹⁷), quien la oculta a los sabios y poderosos y la descubre a los pequeños (Lc 10³¹).

Fray Luis de León llama a Cristo: *Rostro de Dios*. Descubre este nombre en las Sagradas Escrituras relacionando diversos pasajes (9). El nombre es apropiado y bonito. El rostro es expresión, imagen, del alma y de la persona. Cristo es la imagen esencialmente exacta del Padre.

El salmo 79, de carácter mesiánico, repite como estribillo:

“¡Oh Dios, restáuranos; brille sereno tu rostro y seremos salvos!”.

El Espíritu de Dios

“Os conviene que yo me vaya” dijo Cristo a los apóstoles en la última cena.

(9) FRAY LUIS DE LEÓN: *Nombres de Cristo*. Obras Completas. BAC. Madrid 1944. *Faces de Dios*. pp. 421-435. Los textos más apropiados son Ps 79 4.8.20. Núm 6 25s. Ps 66; 88 15; 94 2. Hay que notar que la expresión latina «ante faciem tuam» hoy suele traducirse simplemente por «ante ti», pero en sí misma se prestaba a aplicarla al Hijo como presencia del Padre.

(7) El Padre, al conocerse, al expresarse así mismo, engendra al Logos (Verbo, Palabra) como nuestro entendimiento produce una idea o imagen intelectual. Pero este Verbo de Dios es infinito y constituye una persona igual al Padre. Se llama también Hijo, según los teólogos, por tener un origen formalmente generativo.

(8) Véase E. MERSCH: *Théologie du Corps Mystique*. Desclée. Bruselas 1944. t. II c. XV conclusión pp. 160-1.

Quisiéramos estar siempre a sus pies como María Magdalena, pero él nos aparta porque sube al Padre. “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros; mas si me fuere os lo enviaré” (Jn 16’). (10).

La presencia de Cristo fascinaba los sentidos. Cristo es tema dignísimo de nuestra contemplación; pero no siempre debe ser el tema único. Cristo se oculta introduciéndonos en la intimidad con su Espíritu.

La característica del Espíritu Santo, como su mismo nombre lo indica, es la inmanencia. —Es el término del amor recíproco del Padre y del Hijo—. Por eso la inhabitación de la Trinidad en el alma se atribuye especialmente al Espíritu Santo. (11). *Dulcis Hospes anime!*

El Padre y el Hijo envían (12) su Espíritu a nuestras almas al darnos el

ser de cristianos. “El que no renaciere del agua y Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios” (Jn 3’).

Debemos evitar el pecado para no contrariar *al Espíritu que mora en nosotros* (Eph 4^{so}. 1 Cor 1). (13).

San Ireneo comentaba que el cristiano consta de cuerpo, alma y Espíritu Santo. (14). Como el alma dirige la actividad natural de todo el hombre, así el Espíritu Santo la actividad sobrenatural, pues es el alma de nuestro nuevo ser divino. Y primeramente ora en nosotros.

“Puesto que sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: *Abba, Pater*” (Gal 4’).

“También el Espíritu acude en socorro de nuestra flaqueza. Pues no sabemos qué hemos de orar según conviene; mas el Espíritu mismo interviene en favor nuestro con gemidos inefables” (Rom 8’6).

El Espíritu Santo es un Consolador semejante a Cristo (Jn 14’6) y en el que el mismo Cristo se sintió lleno de gozo (Lc 10’11).

Nos guía en el camino de la verdad integral (Jn 16’13); nos enseña todas las cosas, y penetra en el subconsciente de la memoria recordándonos las enseñanzas de Cristo (Jn 14’26). Si comparamos en juicio por el nombre de Jesús, nuestras palabras no brotarán de nuestro entendimiento o de nuestra me-

(10) Evidentemente no se trata de la inhabitación del Espíritu Santo en el alma, pues los apóstoles por estar ya en gracia («estaban limpios») amaban a Cristo, habían permanecido fieles) la poseían ya. Se trata de una manifestación exuberante que absorberá la vida y la actividad de los apóstoles.

(11) Distinguen los teólogos entre las propiedades y las apropiaciones de cada persona de la Trinidad. La propiedad es una nota peculiar que conviene únicamente a una divina persona y distingue a ésta de las otras dos, por oponerse relativamente a ellas. Propiedad del Padre es la innascibilidad; del Hijo, la filiación; del Espíritu la espiración pasiva. La apropiación consiste en un modo peculiar de predicar de una sola persona un atributo o una operación divina común a las tres. Nos manifiestan de forma intuitiva los caracteres personales de cada persona. Por ejemplo se atribuye, o se apropia, la creación al Padre; la inhabitación al Espíritu Santo. Puede verse LUDWIG OTT: *Manual de Teología dogmática*, Herder, Barcelona 1958, párrafos 19 y 21 pp. 130-133. STO. TOMAS. S. Th. I q. 32 a 2-4.

(12) Enviar es el término técnico, bíblico y teológico (*missio, mittere*), para indicar que una persona divina procede de otra. No se

trata, evidentemente, de mandato, ni de acción como las nuestras. Expresamente decimos del Hijo en el Credo «*genitum, non factum*» «engendrado, no hecho». Ver OTT op. c. párrafos 10 y 22 p. 116 y 133-4. STO. TOMAS. S. Th. I q. 43 a. 1.

(13) 1 Cor 36. Rom 89.11. 2 Tim 114.
(14) M. SPANNET *Le Stoïcisme des Pères de l’Eglise*. Paris 1957 pp. 143 ss.

moria; será el Espíritu quien hable por nosotros (Mt 10²⁰).

Ya en el Antiguo Testamento había hablado por los profetas (Act 1¹⁶; 28¹⁶); y entre los primeros cristianos avisa a Pablo por medio de los profetas acerca de los peligros que le acechan. (Act 20²³; 21¹¹).

Su inmanencia nos une en la Iglesia como un solo Cuerpo Místico, igual que el alma une los miembros del cuerpo en una teleología común. Como *alma del Cuerpo Místico* dirige el apostolado de Felipe (Act 28^{29,34}) de Pablo y Bernabé (Act 13⁴⁻⁶; 16⁶) de Pedro (Act 10; 11) como condujo al mismo Cristo al desierto (Mt 4¹).

Quando oigas el evangelio que dice: "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán", entiende que se trata de la genealogía en cuanto a la carne. Encuanto es hijo de David, está sometido al tiempo y se puede hacer la genealogía de su familia; mas en lo que respecta a su divinidad no está sujeto a lugar ni a familia que se pueda enumerar. Porque su generación, quién la podrá contar? Dios es espíritu y el espíritu ha de engendrar de modo espiritual e inenarrable. El mismo Hijo dice del Padre: "El Señor me dijo; Tú eres mi hijo, hoy te engendro". Y este hoy no es reciente sino eterno, es un hoy que no conoce el tiempo, y antes de todos los siglos. "Antes de que existiera el astro de la mañana te engendré". S. Cirilo de Jerusalén (Catequesis XI. 5.)

El Espíritu Santo es quien instituye los obispos (Act. 20²⁸) quien da el decreto del Concilio de Jerusalén junto con los apóstoles (Act 15²⁸). El libro en que aparece más el Espíritu Santo es el de los Hechos de los apóstoles; las Actas, diríamos, de la Iglesia primitiva. Porque la acción de Cristo ha pasado ahora al Espíritu.

En el Antiguo Testamento, Yahvé, el Padre, golpeaba nuestros sentidos con la tormenta o la bandada de cornices. Necesitaba impresionar la imaginación de un pueblo oriental antiguo, para hacerle comprender su trascendencia y su protección.

En el Evangelio Cristo, el Hijo, nos fascina con sus curaciones, su bondad, sus parábolas, su mirada.

En la Iglesia actúa el Espíritu Santo, desde dentro, inmanente, como el alma. Su obra es visible; pero a El no se le ve actuar; hay que conocerlo por la fe.

"El mundo no le puede conocer, pero vosotros le conoceréis porque permanece a vuestro lado y en vosotros está" (Jn 14¹⁷).

Padre, Hijo, Espíritu

El Antiguo Testamento es la manifestación del Padre. Los sinópticos —Mateo, Marcos, Lucas— narran los hechos del Hijo. Juan, el libro de los Hechos, Pablo, hablan más expresamente del Espíritu.

El Padre además no es olvidado ni en los Evangelios ni en las cartas. El Hijo es profetizado desde el Génesis, y es interpretado de modo particular por Juan y Pablo. El Espíritu es ya aludido ocultamente en el Antiguo Testamento y claramente en los sinópticos.

El Padre se nos manifiesta caracterizado como la trascendencia de la divinidad. El Espíritu como su inmanencia en nosotros. El Hijo, como unión, —puente, Mediador,— que nos hace hijos del Padre infundiendo en nosotros al Espíritu.

Las tres personas, Padre, Hijo y Espíritu, son trascendentes e inmanentes, y realizan nuestra filiación. Pero la trascendencia, la inmanencia y la mediación, son tres manifestaciones de Dios que la misma Sagrada Escritura atribuye respectivamente a cada una de las personas, por tener una conexión misteriosa con el aspecto propio y característico de cada persona (con aquello que la constituye realmente distinta de las otras dos).

La revelación, pedagogía divina, nos ha ido dando a conocer estas manifestaciones progresivamente, según las disposiciones de nuestra cultura y de nuestro espíritu (15).

Nuestra vida espiritual será tanto más honda, cuanto más inmediatamente proceda de los dogmas de nuestra fe. (16).

(15) Desde los tiempos de Adán, El Espíritu Santo ha habitado en el alma de los justos. Pero la revelación de esta gracia, como la del misterio de la Trinidad, Encarnación, y otros, ha sido manifestada progresivamente.

(16) Véase las consecuencias que deduce E. MERSCH, con gran sentido teológico y ascético, de los dogmas cristológicos. *Morale et Corps Mystique*. Desclée. Bruselas 1937. Principios generales. pp. 73-174.

El amor tiende directamente a la persona. Nuestro amor a Dios no debe ser global, como si amáramos a una naturaleza abstracta. Creemos en tres personas divinas distintas y caracterizadas (por sus propiedades y por sus manifestaciones). Nuestro amor debe dirigirse con características diversas a cada una de las tres personas divinas.

Es verdad que no siempre brotarán de nuestra alma estos actos tan caracterizados. El Espíritu conduce nuestra vida sobrenatural con la misma pedagogía que desplegó en la revelación de la fe.

Surge primero la devoción a la Majestad trascendente del Padre. Nosotros, educados en el Evangelio desde pequeños, hemos pasado inadvertidamente ese primer estadio. Nuestro amor se dirige espontáneamente al Hijo, a Cristo. El desarrollo normal de la vida espiritual lleva al Espíritu Santo.

Adquirido el hábito del amor específico a cada persona brotarán espontánea e indistintamente referencias y plegarias a cada una de ellas en particular, o preciosas bendiciones trinitarias como aquella de S. Pablo :

*“La gracia del Señor Jesucristo.
y la caridad de Dios
y la comunión del Espíritu Santo
sean con todos vosotros”* 2 Cor 13.